

# Lo que Movió a Pablo

Jerry Harvill



“Un hombre pequeño de estatura, ralo en la cabeza, torcido de las piernas, de buen estado corporal, con las cejas juntas y la nariz algo aguileña, lleno de gracia...”<sup>1</sup> Esta es la descripción del Apóstol Pablo que ha sido transmitida por la tradición. Pero incluso si su apariencia física fue menos que impresionante (cf. 2 Corintios 10:10-11), sus logros misioneros son muy diferentes. Este es el hombre de quien las personas de la antigua Tesalónica reclamaron “Estos que trastornan el mundo entero” (Hech.17:6). Las experiencias personales de este artesano, erudito, viajero y líder de hombres incluyeron prisiones, golpizas brutales, tres naufragios, y una noche y un día naufrago en alta mar. Sin embargo, a pesar de todas las dificultades, este intrépido misionero logró en su vida la asombrosa meta de cubrir el mundo con el evangelio de Cristo (Col.1:23).

No es sorpresa, por lo tanto, que uno de sus más reciente biógrafos haya escrito lo siguiente sobre el impacto de su vida:

“Ningún evento, aparte del evento de Cristo mismo, ha probado ser tan determinante para el curso de la historia Cristiana como la conversión y comisión de Pablo”<sup>2</sup>

¿Qué clase de hombre fue este Apóstol de los Gentiles? Más concretamente, ¿Qué lo motivó y lo llevó a través de intensas privaciones y peligros a asombrosos logros misioneros? ¿Qué movió a Pablo?

Se me ha asignado centrarme en una declaración de Pablo de su discurso de Mileto, registrado en los Hechos 20. Este discurso es valioso para nuestros propósitos por varias razones. Primero, este discurso contiene la imagen del propio Pablo de su ministerio local más largo. Segundo, él, va más allá de la teoría aquí para desnudar su corazón con respecto a sus propias luchas y temores personales. Tercero, se encuentra aquí una atracción personal en el interfaz verdadero entre Pablo, el misionero, y sus convertidos.

En medio de ese discurso de despedida a los obispos de la Iglesia de Éfeso, Pablo hace esta iluminante declaración con respecto a sus motivaciones personales como un misionero,

Ahora, he aquí, ligado yo en espíritu, voy a Jerusalén, sin saber lo que allá me ha de acontecer: salvo que el Espíritu Santo por todas partes me da testimonio, diciendo que me esperan prisiones y tribulaciones. Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo

preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabé mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios” (Hech.20:22-24).

He elegido concentrarme hoy en el versículo 24, donde hemos destilado la esencia de lo que motivó a Pablo, el Apóstol de los Gentiles. Aquí, dedicados en torno a tres términos claves, se puede descubrir lo que lo movió a él, y también lo que nos moverá a nosotros. Las tres palabras claves de Pablo son ministerio (*diakonia*), testimonio (*marturia*), y gracia (*charis*). Entender estas grandes palabras y lo que ellas significaron para Pablo, es entender la dinámica que lo facultó. Además, conocer hoy el poder de estos grandes conceptos es redescubrir la fuerza que capacitará a nuestra generación para verdaderamente dejar “que Su voz sea oída por toda la tierra” (Sal.19:4; cf. Rom.10:18).

## Una Escena Retrospectiva

Sin embargo, antes de examinar a detalle los tres términos claves es necesario que demos primero una mirada al lado negativo, teniendo cuidado en observar explícitamente lo que no movió a Pablo.

El Apóstol dice, “Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo...” (v.24). La construcción Griega es incomoda aquí,<sup>3</sup>, pero el sentido es lo suficientemente claro. Las consideraciones personales ya no son factores importantes para Pablo — ni siquiera su propia vida. Lo que es precioso (*timia*) es su testimonio y ministerio de parte de la gracia de Dios. Aquí el yo ha sido totalmente eclipsado por otros factores. Por lo tanto, Pablo no se deja intimidar por las predicciones de encarcelamientos (v.23) y crisis inminentes (*thilipsis*, v.23). Sencillamente, ya no le importa lo que le ocurra a él mismo, puesto que “el yo” de Pablo ya no está en el centro del escenario de su vida.

Ahora, esta situación notable no fue siempre el caso con este Judío aristócrata de Tarso. Ciertamente, hubo un tiempo en que su definición de lo “precioso” en su vida fue precisamente lo

que él ahora rechaza categóricamente. Entender esta conversión radical es entender el corazón de Pablo el Apóstol.

En ningún otro lugar se puede ver el contraste entre el “antes” y el “después” en los valores de Pablo de forma más clara que en Filipenses 3:4-10. Aquí hay una rara visión de los valores y las prioridades que alguna vez fueron el orgullo del joven Fariseo Saulo.

Por un lado, Pablo establece las cosas que una vez contó como “preciosas” (vv.4-6), y por otro lado, establece aquellos valores posteriores a su conversión que los reemplazaron por completo (vv.7-10).

	<b>Saulo (vv.4-6)</b>	<b>Pablo (vv.7-10)</b>
	<b>Marca Personal:</b> La Circuncisión	<b>El Conocimiento de Cristo</b>
<b>Pablo: Antes y Despues</b>	<b>Herencia Personal:</b> Aristocracia	<b>La Vida en Cristo</b>
	<b>Lenguaje Personal:</b> Hebreo	<b>La Justicia de Cristo</b>
	<b>Ley Personal:</b> Fariseo	<b>Los Sufrimientos de Cristo</b>
	<b>Celo Personal:</b> Perseguidor	<b>La Resurrección de Cristo</b>

Ver estas mentalidades en marcado contraste es reconocer inmediatamente la característica central de la conversión de Pablo: él yo ha muerto y Cristo ha tomado el control. Antes era la herencia de Pablo, la educación de Pablo, las altas normas de Pablo, el celo de Pablo. Ahora es únicamente Cristo. El antiguo egocentrismo ha perecido, y un nuevo enfoque de vida a aparecido: la inspiración del pensamiento de Pablo y el manantial de su acción es Cristo. “Y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mi” (Gál.2:20).

Ahora, esto tiene enormes implicaciones no solamente para entender a Pablo sino también para explicar nuestra propia y débil trayectoria en la evangelización. El precedente de este profundo cambio en el sistema de valores del Apóstol sugiere que lo que se necesita para el éxito de las

misiones hoy es, ante todo, *la conversión* de los misioneros.

No estoy seguro que estemos listos para eso. Francamente, siempre ha sido más fácil sobresalir en lo académico que en las actitudes; Tomar un curso es más fácil de tomar que una cruz. Y nuestra Hermandad próspera y consciente de la imagen ha descubierto que es más compatible con el sueño Americano manipular a Cristo para que se adapte a nuestras ambiciones, que ser quebrantado por el martillo de Su Palabra y rehecho para que se ajuste a Su servicio. Parecemos decididos a encontrar una manera de hacer avanzar tanto al Ego y a Cristo al mismo tiempo. Pero el mensaje en el camino a Damasco es claro y simple: podemos ser Egocéntricos o Cristocéntricos, pero no ambos. Es una situación de uno u otro. Debemos elegir una posición solamente.

Pablo hizo si elección revolucionaria — ¡y puso su vida y al mundo boca arriba! T. W. Mason estuvo en lo correcto cuando dijo, “En la medida en que entendamos y apreciemos lo que ese evento significó para él, podemos comprender lo central en su teología”<sup>4</sup>

Ahora regresemos a nuestros tres términos claves para descubrir más plenamente lo que motivó a Pablo. De nuestro texto en Hechos 20:24 encontramos pistas sobre tres realidades candentes en su vida: (a) un ministerio para realizar, (b) un testimonio para entregar, y (c) una gracia para compartir.

## UN MINISTERIO PARA REALIZAR

Pablo, deja claro en primer lugar, que su sentido de misión encomendada por Dios fue una de las fuerzas impulsoras de su vida. Él dice, “...con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús...” (v.24<sup>a</sup>).

Su palabra para ministerio aquí, es un término familiar, *diakonia*, y está es la palabra generalmente empleada para designar la misión de Pablo ante los Gentiles (Hech.21:19; Rom.11:13; 2 Cor.4:1 y siguientes; 6:1-4; Efe.3:1-7; 1 Tim.1:12-17). La palabra denota “servicio” y su uso de deriva

de círculos domésticos donde significa “el chico de los recados de la casa”. Fue necesario que la Cruz invirtiera los valores del mundo para convertir esta palabra servil en un título de gloria. Pero Cristo vino al mundo como El que Sirve (*ho diakonon*, Luc.22:27), el servicio a los demás adquirió una gloria eterna. No es una maravilla porque Pablo dijo que está orgulloso de su servicio (Rom.15:17), y que él magnificó su ministerio (Rom.11:13). Está claro que el modelo de Pablo fue Jesucristo y tal como Cristo se convirtió en un ministro (*diakonos*) de parte de la verdad de Dios (Rom.15:8), de igual modo, Pablo entregó su vida en el mismo servicio (Rom.15:14-21).

Un análisis del uso de Pablo de este término, *diakonia*, revela ciertos factores con respecto a su ministerio. Primero, es claro que la fuente del ministerio de Pablo fue Dios, no solamente él “lo recibió” del Señor como nuestro texto lo declara (Hech.20:24; cf.2 Cor.5:16-21; 3:6; Efe.3:7; 1 Tim.1:12 y siguientes), sino su éxito fue ciertamente “*las cosas que Dios había hecho entre los gentiles por su ministerio*” (Hech.21:19). Pablo no tenía ilusiones de logros personales. Él conocía su competencia (2 Cor.3:6) como también su llamado (1 Tim.1:12-17) estaba enraizado en la misericordia de Dios, no en su propio mérito personal.

Debido a que Dios en Su misericordia, se negó a darse por vencido con él, él (Pablo) nunca podría renunciar a Dios. Aprendemos que su gran objetivo en la vida era el reencuentro y su pasión la paz. “Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio según la misericordia que hemos recibido, no desmayamos” (2 Cor.4:1). El ministerio para Pablo, de principio a fin, fue de Dios (2 Cor.6:4), por Dios (Hech.21:19), y con Dios (2 Cor.6:1).

Segundo, la naturaleza del ministerio de Pablo es definido en dos importantes pasajes. Él identifica su obra como un ministerio del Nuevo Pacto (2 Cor.3:6). Y un ministerio de reconciliación (2 Cor.5:16-21). Aquí, entonces, aprendemos que su gran meta en la vida fue un reencuentro y su pasión la paz.

Tercero, el alcance del ministerio de Pablo abarcó las Naciones (Los Gentiles), Hechos 21:19.

En un pasaje elocuente en Colosenses 1:23 vislumbramos el gran corazón de este hombre, cuando él dice, “si en verdad permaneceréis fundados y firmes en la verdad, y sin moveros de la esperanza del evangelio que habéis oído, el cual se predica en toda la creación que está debajo del cielo; del cual yo Pablo fui hecho ministro”. Aquí está un hombre que se ha convertido en un deudor voluntario ante toda la creación — ¡Nadie puede ser excluido del alcance de su servicio apasionado! Pablo tenía un sentido de obligación con cada uno. “a quien anunciamos, amonestando a cada hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre” (Col.1:28).

Lo que es sobresaliente para mí en todo esto es que, de principio a fin, Pablo siempre sintió que Dios le había hecho un favor al nombrarlo para servir. Ahora no hay en ninguna parte la más mínima insinuación de que Pablo le estaba haciendo un favor a Dios, o que su ministerio era cualquier cosa menos la reacción humana apropiada al favor Divino. Si él pudo decir que trabajó más duro que otros, es solo en el contexto de la indignidad personal y para la alabanza de la gracia divina (1 Cor.15:8-11). Pablo nunca sintió que él merecía el ministerio que Dios le entregó.

Hay una grandeza aquí y un poder. Sospecho que gran parte de la anemia en el campo de las misiones actuales es trazable a una dificultad justo aquí: sentimos que estamos haciendo un favor a Dios cuando le servimos. Y debido a que nuestra comisión generalmente tiene sus raíces en nuestro entrenamiento más que en la misericordia de Dios, nuestro mandato dura solo hasta que se agota nuestra competencia. El naufragio de los misioneros desilusionados es desgarrador. Pero esos naufragios podrían evitarse si ministramos por una designación de misericordia, semejante a Pablo. Ministrar con la misericordia de Dios como nuestra facultad (*kathos eleethemen*, 2 Cor.4:1), es salvarse de la arrogancia, así como de la desesperación en nuestro servicio.

La arrogancia queda excluida porque la misericordia nos recuerda que no merecemos hablar en nombre de Dios, ni somos dignos de tocar la vida de otros hombres. Lo hacemos, no

porque seamos lo suficientemente buenos, sino porque Dios ha querido que así sea. Sin embargo, la desesperación, también está excluida, porque la misericordia se levanta como un monumento a la inversión de Dios en nosotros, y Su veredicto de que los vasos de barro deben transmitir Su gracia.

Misericordia significa que cuando sirvo a las personas bien, tengo que agradecer el favor de Dios. Y cuando fracaso, y caigo sobre mi rostro, tengo misericordia, no vergüenza, a la cual aferrarme.

Aquí está entonces, una clave importante al éxito de Pablo. Él tuvo un ministerio que realizar, un ministerio que hasta el mismo final él consideró como un gran favor de Dios para él. Como se lo debía enteramente a la misericordia de Dios, nunca se desalentó. La misericordia de Dios le mantuvo siempre fresco su ministerio.

## UN TESTIMONIO PARA DAR

Aquí hay una segunda palabra clave en Hechos 20:24 el cual nos alerta sobre otro motivante factor en la vida de Pablo: Esa palabra es “*testimonio*”. Su pasión fue “*testificar*” (testificar solemnemente) “*para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios*”.

La palabra de Pablo aquí, *diamarturasthai*, es la forma intensiva del término simple para “*testimonio*”. Originalmente esta palabra significó testificar solemnemente bajo juramento, y nunca aparece haber perdido la nota de solemnidad de la expresión <sup>5</sup> El verbo ocurre 15 veces en el Nuevo Testamento, principalmente en Hechos (9 veces), pero también cuatro veces en las epístolas de Pablo (1 Tes.4:6; 1 Tim.5:21; 2 Tim.2:14: 4:1. En Hechos es la palabra para la atestación solemne del mensaje apostólico con miras a ganar conversos <sup>6</sup>

Observamos que Pablo testificó vigorosamente en la sinagoga de Corinto (Hech.18:5), y todavía estaba atestiguando fervientemente cuando el libro de Hechos llega a su fin (Hech.28:23). Atestigar a la verdad de la fe en Cristo fue una forma de vida para Pablo.

He separado al menos tres características notables del testimonio de Pablo. Primero, es cierto que él sitió fuertemente que era un testigo oficial. Él sabía que Dios lo había establecido. El Dios de los padres le había establecido como un *martus*, testigo, para todos los hombres (Hech.22:14, 15; cf. 26:16). Segundo, Pablo fue un testigo personal. Él fue un testigo con respecto a lo que él había visto y oído (Hech.22:15: 16:26; cf. Hech.18:5; 1 Cor.9:1; 15:8, 15). Tercero, él fue un testigo apasionado. No solamente esto es enfatizado a través del término fuerte empleado en nuestro texto, *diamarturasthai*, sino es demostrado por lo que F. B. Meyer llamó: “la elocuencia de las lágrimas” Él pudo decir de su “solemne testimonio” en Éfeso que “acordándoos que por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno” (Hech.20:31; cf. Vs.19-21). Pablo puso todo su corazón y su alma en su testimonio.

Ahora aquí está una importante pista a la grandeza del Apóstol. Mientras que el ministerio de *diakonia* apunta hacia el exterior, hacia el sentido de deuda de Pablo con todo hombre, *marturia*, apunta hacia el interior, a la relación intensamente personal entre Pablo y Cristo. Él habla apasionadamente de lo que él sabe de primera mano es la verdad.

Ahora, por supuesto, la palabra “testimonio” no es un sinónimo para una autobiografía; significa el testimonio para Cristo diseñado para formar convertidos. Nadie se ha llamado a predicarse así mismo. Tampoco a predicar su herencia religiosa. Sin embargo, el testimonio de un Cristo remoto no es más que un testimonio de oídas y no tiene valor. El poder de nuestro testimonio será proporcional a la intimidad de nuestra relación con el Señor. Si lo conocemos y caminamos diariamente con Él, habrá un sonido de verdad en nuestro testimonio de Él que será inconfundible.

Aquí, entonces, está la clave a una verdadera motivación misionera y de poder.

Nada puede tomar el lugar de una comunión íntima y personal con el viviente Señor. Y nada es más efectivo que compartir con los demás lo que nosotros mismos hemos “visto y oído”. Como

Carlyle dijo de su parroquia local: “¡Lo que esta Iglesia necesita es un ministro que conozca a Dios de otra manera que no sea de segunda mano!” Y lo que se necesita hoy para “Dejar en la tierra escuche Su voz” es una Hermandad que conozca a Dios de otra manera que de segunda mano. Cuando, ciertamente, le conozcamos — no solo acerca de Él — tendremos un testimonio que compartir y lo daremos, como Pablo, con mucho fervor.

## UNA GRACIA PARA COMPARTIR

La tercera y última de las palabras de las palabras claves de Pablo en Hechos 20:24 es la más crucial de todas ellas, porque esta sustenta todo lo demás. Es la palabra “gracia”. Ahora, mientras la palabra “ministerio” apunta *hacia afuera*, hacia el deber del servicio que Pablo debía a los demás; y mientras “testimonio” apunta *adentro*, hacia el interés intensamente personal que Pablo tenía en Cristo; la palabra “gracia” *charis*, apunta *hacia arriba*, hacia la inversión de Dios en Pablo. El deseo ardiente del apóstol, él nos dice, fue para dar testimonio de las buenas nuevas de la gracia de Dios (Hech.20:24).

La palabra *charis*, gracia, tiene su origen en las epístolas de Pablo (88 veces). De hecho, esta palabra ha sido llamada un sumario del evangelio que él predicó<sup>8</sup> James Denney, definió gracia en el Nuevo Testamento como “El amor de Dios, espontáneo, hermoso, inmerecido que obra en Jesucristo para la salvación de los hombres pecadores.”<sup>9</sup> Para ver la gracia en esa luz uno debe entender porque esta nunca fue una mera cosa académica para Pablo — porque Pablo se consideró así mismo como “el principal de los pecadores”. Debido a que él nunca olvidó cuan profundamente él había pecado y cuán ferozmente había resistido, nunca se cansó de alabar la gracia divina que triunfó sobre su rebelión. Pablo sabía que era un hombre lleno de gracia.

Pero para Pablo, la gracia era un “don” Divino. Enraizada en la iniciativa y absoluta soberanía de Dios, Pablo vio a *charis* como algo que no tiene relación con lo que somos o lo que hemos logrado (Efe.2:5-9). En retrospectiva Cristiana, Pablo rastreó la gracia divina en su vida desde su

nacimiento (Gál.1:15). Además, él clasificó su Apostolado como un don gratuito directo de Dios (Rom.1:5; 15:15, 16; Gál.2:9; Efe.3:2-8; 1 Tim.1:12-17). Más específicamente, él vio su papel singular como un “perito arquitecto” (*architekton*) en la Iglesia como un don de la gracia (1 Cor.3:10 y siguientes). No es sorpresa, por lo tanto, que cuando él habló o escribió, él lo hizo “por gracia” (Rom.12:3), debido que para él, todo su ministerio podía ser perfilado como “en la gracia de Dios” (2 Cor.1:12). Pablo sabía que no tenía que agradecerse a sí mismo sino a Dios por la gracia; sabía que todo lo que tenía digno de tener, lo había recibido de Dios como un regalo.

Segundo, para Pablo, *charis* fue una *infección contagiosa*. Para él, recibirla fue compartirla. Un hombre lleno de gracia simplemente tenía que ser amable. Y él nos dice francamente que la inversión de Dios en él “no fue en vano” “... antes que trabajando más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo” (1 Cor.15:10).

Pero no solamente la inversión de la gracia de Dios en Pablo produjo gracia en Pablo. El ministerio de Pablo engendró gracia en otros. De hecho, Pablo describe su tarea como “para que, abundando la gracia por medio de muchos, la acción de gracias sobreabunde para la gloria de Dios” (2 Cor.4:15). Para alguien tan consciente de la gracia, el mayor gozo de la vida era tener amigos unidos en un ministerio de gracia común (Fil.1:7). La gracia para Pablo no fue un asunto privado. Recibirla fue esparcirla a todos.

Pero, en tercer lugar — y esto es lo más significante de todos — para Pablo *charis* fue un poder capacitador. Aquí está la fuente de su fortaleza; aquí está el poder final que le movió a través de los tiempos de paz y los tiempos de turbulencias. Es decir, Sus propias experiencias de la gracia de Dios. Con una franqueza cautivadora, él admite, “Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo” (1 Cor.15:10). Aquí, Pablo se representa a sí mismo en equipo con (*sun*) la gracia de Dios en una combinación ganadora. Sin embargo, él otorga todo el crédito de su victoria a su compañero, la gracia.

Sin embargo, aún más crucial, es el hecho que la gracia fue el poder capacitador de Pablo en tiempos de debilidad y angustia personal. No fue fácil para un Fariseo entrenado sobrellevar las perdidas personales que Pablo sufrió.

Pero hizo más que sobrellevar; él conquistó sus sufrimientos. Y él lo hizo así a través de la gracia Divina. Evidentemente, su presencia física no era impresionante, y su retórica despreciable (2 Cor.10:10). Es más, tenía una batalla perdida contra lo que él llama un “*agujón en la carne*” por el que había rogado la intervención de Dios para removerlo sin éxito (2 Cor.12:7, 8). Ahora bien, esto está muy lejos de ese Fariseo de Tarso, orgulloso, incisivo y auto suficiente.

Al verlo en su temor, temblor y quebrantamiento, casi podríamos lamentar que se opuso a Cristo en su fuerza y trajo solo su debilidad a su servicio. Pero tales consideraciones están profundamente equivocadas. Si Pablo hubiera sido fuerte, podría haberse convertido en muchas cosas, pero nunca en Pablo. Fue precisamente porque él fue débil que él fue fuerte. En su intensa necesidad, él aprendió la total suficiencia de la gracia. En su lucha angustiosa contra su “*agujón*” vino la palabra Divina, “*Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad*” (2 Cor.12:9). Aquí estaba la clave, la clave del ministerio del sufrimiento. Aquí está la fórmula que nos lleva a la conclusión, “... porque cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 Cor.12:10). La gracia convirtió a Pablo en un ganador. “*Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte*”.

¡Cuán desesperadamente necesitamos tales hombres comprados por la gracia en la Iglesia! Qué triste que las ocasiones de debilidad y quebrantamiento misionero se vuelvan terminales en lugar de seminales en nuestros ministerios; justo cuando nuestra vulnerabilidad nos hace más aptos para hacer la obra de Dios, nos retiramos y regresamos a casa. La verdad clara es, de acuerdo a la fórmula de Pablo, el hombre más débil sobre el campo es el que siente que tiene el control; y el hombre más fuerte es el hombre que no tiene

ilusiones de poder, sino que hace por la fe lo que otros hacen por el poder humano.

¿Se siente usted débil e incapaz para el ministerio al que Dios le ha llamado? ¿Teme ser menos dotado que los demás y, por lo tanto, ser una desventaja para usted y para el Reino? Entonces, ¡regocijese, hermano, Recogiese hermana! Usted está realmente maduro para la obra de Dios. Su poder se perfecciona en la debilidad. Es precisamente su “terreno” lo que Él busca para modelar la gloria de Su gracia. Es precisamente su inadecuación lo que mejor enfoca la atención sobre Su adecuación. Por lo tanto, no se resienta con tus limitaciones, sus debilidades, sus insuficiencias — son sus aciertos porque le conducen a Su gracia capacitadora. Y saber que el poder capacitador es descubrir la fuerza motivadora más grande que el mundo jamás haya conocido.

## Conclusión

Mirando hacia atrás en nuestra lección, ahora intentemos unir lo que hemos estudiado con respecto a los grandes factores motivantes en la vida de Pablo. De la declaración de Pablo en Hechos 20-24 separamos tres factores cruciales enfocados sobre tres palabras claves, *ministerio, testimonio y gracia*. Estos términos nos dan la perspectiva sobre como Pablo consideró su relación con los demás, consigo mismo, y con el Señor.

Descubrimos que él consideró la fuente, la naturaleza y el alcance de su ministerio como un establecimiento de misericordia por causa de los demás. Claramente, él fue impulsado por el único pensamiento maestro que él había sido redimido para servir; y salvo para que pudiera salvar a otros.

Aprendimos que el fuerte sentido de Pablo de ser un testigo oficial, personal y apasionado de Cristo tiene cosas importantes que decir con respecto a nuestro propio interés personal en la Verdad. Aprendimos que tendremos un sonido de verdad en nuestro compartir personal cuando testifiquemos de aquellas cosas que hemos “visto y oído”.

Finalmente, aprendimos que la gracia para Pablo fue “un don” Divino, una infección contagiosa, y un poder capacitador para un ministerio victorioso.

Para este momento, seguramente una cosa está clara de todos estos tres términos: Dios es la Fuente, ya sea una asignación, la misericordia o la gracia, Él es el Primero y el Último, el Autor y el Proveedor de nuestra fe.

Pablo sabía eso; y en las cosas profundas de Dios, encontró el combustible para su ministerio que trastocó al mundo boca arriba.

El Dr. Matthew Black, de la Universidad St. Andrews en Escocia, nos recuerda que “La teología profunda es el mejor combustible para la devoción: rápidamente prende fuego, y cuando se enciende, arde por mucho tiempo”<sup>10</sup> Pablo es una prueba de ello.

Y oro usted sea una prueba de ello, también. Que su profundo entendimiento del ministerio, el testimonio y la gracia lo muevan como lo hizo el Apóstol Pablo para que “Su voz sea oída por toda la tierra”.

— Fuente: **“Let the Earth Hear His Voice”**  
Harding College Lectures (1979)  
Firm Foundation Publishing House,  
Austin, TX. (Pgs.253-265).

## Referencias:

<sup>1</sup> Acts of Paul and Tecla. Vea *The Apocryphal New Testament* por M. R. James. Oxford: Clarendon Press, 1924, Pág.273. Este documental es fechado alrededor del año 160 D.C. con la posibilidad que la tradición se remonte a una fecha mucho más temprana.

<sup>2</sup> F. F. Bruce, Paul: *Apostle of the Heart Set Free*. Grand Rapids: Eerdman, 1977, Pág.75.

<sup>3</sup> Vea F. J. Foakes Jackson and Kirsopp Lake, *The Beginnings of Christianity*, Parte 1 “The Acts of the Apostles” 5 Vols. London: Macmillan, 1926, Vol.III, Pág.196.

<sup>4</sup> T. W. Manson, *On Paul and John. Some Selected Theological Themes (Studies in Biblical Theology, No. 38)*. London: SCM, 1963, Pág.12. Toda la sección de Manson es altamente iluminadora.

<sup>5</sup> William F. Arndt and F. Wilbur Gingrich, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature*. Chicago: University of Chicago Press, 1957, Pág.185.

<sup>6</sup> Allison A. Trites, *The New Testament Concept of Witness* (SNTS Monograph Series, No. 31). Cambridge: Cambridge University Press, 1977, Pág.74; Pgs.144.

<sup>7</sup> F. B. Meyer, *Paul: A Servant of Jesus Christ*. London: Lakeland, 1968, Pág.137.

<sup>8</sup> A. M. Hunter, *The Gospel According to St. Paul*. London: SCM, 1966, Pág.13.

<sup>9</sup> Citado en A. M. Hunter, *op. cit.*, Pág.13, Nota 2.

<sup>10</sup> T. W. Manson, *op. cit.*, Prefacio, Pág.8.